

Si tuviera un rincón donde meterme... aunque llueve pasaría en él todo el día, y sobre todo la noche, y mañana de madrugada iría á ver al señor Rodolfo. Volví pues á la calle de las Viudas para agazaparme por allí. Pero ¿qué es lo que veo? nada menos que una tabernilla á diez pasos de vuestra puerta... Me instalo en la buena de la taberna cerca de una ventana, pido una azumbre de vino y un cuarterón de nueces, y digo que estoy esperando á un amigo jorobado y á una mujer alta, con lo cual me pareció que nadie maliciaría. Púseme en seguida á mirar para vuestra puerta... ¡Santa Bárbara, cómo caía el agua! parecía un diluvio. No pasaba un alma y la noche se venía encima.

— ¿Pero cómo has entrado en mi casa? — preguntó Rodolfo interrumpiéndole.

— Me habíais dicho, señor Rodolfo, que volviese al día siguiente por la mañana, y no quise venir antes por no parecer entrometido... Pues como iba diciendo, estaba á la ventana echando mis tragos y comiendo mis nueces, cuando allá por entre la niebla veo aparecer á la Lechuza con el mono de Brazo Rojo, es decir, con el Cojuelo por otro nombre. ¡Hola!... dije para mí... ya viene el nublado... ¡ahora sí que aprieta! En efecto el Cojuelo se metió como un topo en una de las zanjas que hay en frente de vuestra casa, como para abrigarse del aguacero... La Lechuza se quitó la marmota, la metió en la faltriquera y llamó á la puerta. ¿Quién os parece que vino á abrir la puerta? vuestro amigo Murph en persona, señor Rodolfo. En esto la tuerta empezó á estirar los brazos y á hacer aspavientos, y entró corriendo en el jardín. Yo estaba en ascuas y me daba al diablo porque no podía adivinar lo que quería hacer la Lechuza... Por último volvió á salir, se puso el gorrete, dijo dos palabras al Cojuelo que se quedó en el agujero, y tomó las de Villadiego... ¡Alto aquí! dije yo para mí: Vamos echando cuentas... El Cojuelo ha venido con la Lechuza: luego el Maestro de Escuela y el señor Rodolfo se quedaron en la taberna de Brazo Rojo. La Lechuza vino á reconocer la casa; luego no hay duda que dan el golpe esta misma noche. Si dan el golpe esta misma noche cayó en el garlito el señor Rodolfo que piensa que no habrá nada hasta mañana. Si el señor Rodolfo cayó en el garlito debo ir á casa de Brazo Rojo para ver cómo anda el negocio... sí, pero si mientras tanto llega el Maestro de Escuela... no hay duda... Pues bien, entonces me voy á entrar en la casa para decir al señor Murph que abra los ojos... pero el diablo del Cojuelo está cerca de la puerta, y si me ve y me oye llamar avisará á la Lechuza, y entonces todo se lo lleva la trampa... además de que puede ser que el señor Rodolfo haya arreglado de otro modo el negocio para esta noche... ¡Rayo! no sabía qué hacer; mi cabeza parecía un horno con tanto discurrir y no veía más que fuego. Por último me dije: voy á salir, que estando fuera discurriré mejor. En efecto discurrí: y ¿qué hago? voy y me quito la blusa y la corbata, me acerco á la cueva del Cojuelo, lo agarro por el pellejo de la espalda y por más que chilla, y pernea, y me araña

y me muerde, lo envuelvo en la blusa, lo ato por un lado con las mangas y con la corbata por otro, dejándole modo de respirar, y con el fardo debajo del brazo me dirijo al muro bajo de un jardín que allí cerca estaba, echo el Cojuelo á volar y va á dar consigo allá entre unas coles. ¡Cómo gruñía! parecía un lechón; pero con el viento y la lluvia, á dos pasos de distancia no se le oía más que si estuviera muerto. Hecho esto me escabullo como puedo y me subo á uno de los árboles altos que hay en frente por frente de vuestra puerta, sobre la misma zanja en que había estado el Cojuelo. Al cabo de diez minutos oí pasos: llovía á todo llover y la noche estaba como boca de lobo... Apliqué el oído, y ¿quién pensáis que era?... la Lechuza. — « ¡Cojuelo!... ¡Cojuelo!... » — llamó en voz baja. — « Está lloviendo á cántaros, y el demonio del escarabajo se habrá cansado de esperar » — dijo enfurecido el Maestro de Escuela: — « ¡si me cae en las uñas lo desuello vivo!!! » — « ¡Anda con cuidado, amoroso! » — dijo la Lechuza: — « puede ser que haya ido á darnos algún aviso. ¿Y si todo esto fuese una trampa para cogernos?... el otro no quería dar el golpe hasta las diez... » — « Pues por eso mismo » — repuso el Maestro de Escuela. — « No son más que las siete. Tú has visto el dinero ¿no es verdad?... — Quien no se aventura no pasa la mar. Dame la calabaza¹ y la lima sorda. »

— ¿Llevaban esos instrumentos? — preguntó Rodolfo admirado.

— Venían de casa de Brazo Rojo, que la tiene llena de todo lo necesario... La puerta se abrió en un instante... « Quédate ahí — dijo el Maestro de Escuela á la Lechuza: — « Alerta, y cuidado si oyes algo. » — « Pon el *baraustador*² en un ojal del chaleco para tenerlo más á mano » — dijo la tuerta; y el Maestro de Escuela entró en el jardín. Al ver esto me bajo del árbol, corro hacia la Lechuza, la atolondro con dos puñetazos... de mi mano... me precipito en el jardín... pero ¡rayo, señor Rodolfo!... era ya demasiado tarde.

— ¡Pobre Murph!!

— Se revolcaba con el Maestro de Escuela en la escalerilla de la entrada, y aunque estaba herido se mantenía firme sin pedir socorro. Entonces me dije yo ¡qué hombre tan leal! es como los perros de casta: mucho colmillo y poco ladrar... y en esto me echo sobre los dos y agarro al Maestro de Escuela por el gañote, única parte disponible por el momento. ¡Viva la Constitución! ¡soy yo! ¡el Churiador! ¡Somos dos, señor Murph! — « ¡Ah, ladrón! ¿de dónde sales tú? » — me gritó el Maestro de Escuela espantado. — « ¡Déjate de preguntas! » — le respondí apretándole una pierna con mis rodillas y agarrándole de firme un brazo... era el bueno... el del puñal... « ¿Y el señor Rodolfo? » — me preguntó el señor Murph, sin dejar por eso de ayudarme en la faena.

— ¡Amigo fiel, hombre valeroso! — exclamó Rodolfo.

¹ Ganzúa.

² Puñal.

— « Nada sé de él — le respondí. — Puede ser que lo haya matado este perillán... » Y cargué de nuevo sobre el Maestro de Escuela que quería llegar con el puñal; pero como yo estaba echado de pechos sobre su brazo y sólo tenía libre la muñeca, no pudo tocarme el bulto. — « ¿ Estáis solo? » — pregunté al señor Murph sin dejar de pelear con el Maestro de Escuela. — « Hay gente cerca, pero no me oirían gritar » — me respondió. — « ¿ Están lejos? » — « Diez minutos. » — « Gritemos, pidamos socorro por si pasa alguno que nos oiga. » — « Eso no (me replicó); ya que le tenemos aquí no debemos consentir que nadie se lo lleve... Me siento desfallecer... estoy herido... — « ¿ Qué rayo hacemos entonces? corred á buscar socorro si tenéis ánimo. Yo procuraré sujetarlo. » — En esto se marcha el señor Murph, y yo me quedo solo con el Maestro de Escuela. ¡ Cásputa! no es por alabarme, pero hubo momentos en que no estaba á mi gusto... Estábamos medio en el suelo y medio en el último paso de la escalera... Yo tenía abrazado por el pescuezo al ladrón... y mi cara contra la suya... El bandido bufaba como un buey y rechinaba los dientes... La noche estaba como la pez... la lluvia caía á mares... la lámpara que había quedado en la entrada nos daba alguna luz. Yo le había enlazado una pierna con las mías... pero como tiene los riñones tan fuertes se levantaba conmigo á más de una cuarta del suelo. Quería morderme, pero no podía. Jamás he tenido tanto vigor. ¡ Caramba! me saltaba el corazón... pero me eché la cuenta de que me hallaba en el caso del que se agarra á un perro rabioso para que no muerda á la gente... — « Si me dejas escapar no te haré daño ninguno » — me dijo el Maestro de Escuela con una voz sofocada. — « ¡ Ah, cobarde! » — le repliqué: — « luego toda tu valentía consiste en tu fuerza, y no hubieras asesinado al boyero de Poisy si hubiera sido tan fuerte como yo, por lo menos, ¿ eh? » — « No » me dijo; « pero te voy á matar como á él! » — Y al decir esto dió un respingo tan violento apretando al mismo tiempo las piernas, que casi me echó debajo de sí... Si entonces no le hubiera sujetado bien el brazo del puñal... adiós mundo para mí... Como en aquel momento tenía en falso el brazo izquierdo, aflojé los dedos... y todo se lo llevaba la trampa... Entonces me dije: Yo estoy debajo y él está encima, y va á matarme. Pero no importa; no le envidio la fortuna... El señor Rodolfo me ha dicho que tenía corazón y honor... ahora conozco que es verdad... Estando en esto descubro á la Lechuza de pie junto á la escalera, con su ojo redondo y su chal encarnado... La bruja me parecía una pesadilla... — « Finura! — gritó el Maestro de Escuela — mira que se me cayó por ahí el puñal; búscalos... por ahí... debajo de él... y dale de firme entre las paletillas... ¿ entiendes?... dale firme. » — « Bueno, bueno, palomo; aguarda un poco. » Y la Lechuza empezó á buscar y buscar alrededor de nosotros: parecía un pájaro viejo de mal agüero... Por fin vió el puñal y estaba para arrojarse á él... cuando en este medio tiempo, yo, que estaba panza abajo,

la comunico una patada con el talón en el estómago y la mando á volar por el aire; pero al instante volvió sobre mí con un refunfuño que daba miedo. Aunque ya no podía más me mantenía aún agarrado al Maestro de Escuela; pero me daba por debajo unos puñetazos tan fuertes en la cara, que iba á dejarlo todo, cuando aparecen tres ó cuatro hombres armados en el descanso de la escalera, y con ellos el señor Murph, descolorido y arrimado al señor médico. Me cogen al Maestro de Escuela, y la Lechuza, y me los trincan con fino talento y urbanidad... Vamos á otra cosa, dije yo para mí. ¿ Y el señor Rodolfo? .. Salto sobre la Lechuza y acordándome del diente de la pobre Cantaora, la cojo por un brazo y se lo retuerzo diciéndola: — « ¿ Dónde está el señor Rodolfo? » No me respondía palabra, mas á la segunda vuelta que di al torno me gritó: —

« En casa de Brazo Rojo, en la cueva, en el *Corazón Sangriento*... » Bueno, dije yo... Al paso quise recoger al Cojuelo entre las coles, porque era mi camino... Busco y rebusco y no encuentro nada más que mi blusa, que había rasgado con los dientes. Llego al *Corazón Sangriento*, échome al pescuezo de Brazo Rojo... « ¿ Dónde está el mozo que ha venido aquí esta noche con el Maestro de Escuela? » — « No me aprietes tanto que ya te lo diré: han querido pegarle un chasco, y está metido en esa bodega que voy á abrir. » — Bajamos á la cueva... nada... ni una alma. — « Puede ser que haya salido mientras estuve de espaldas á la trampa — dijo Brazo Rojo — ya ves que no está aquí. » — Ya me volvía muy triste, cuando á la luz de la linterna descubro otra puerta en el fondo de la cueva. Arrójome á la puerta, tiro hacia mí y recibo como si dijéramos una hisopada en el hocico... Os veo con los brazos fuera del agua, os pesco, os echo sobre mis costillas y os traigo aquí, viendo que no había quien fuese á buscar un coche. Esto pasó, señor Rodolfo... y á la verdad, no es por alabarme, pero estoy contento con la cosa hecha.

— Querido mío, te debo la vida... es una deuda que pagaré: vive seguro. David ¿ queréis ir á ver como está Murph? Volved al punto á informarme — dijo Rodolfo.

El negro salió del aposento.

— ¿ Sabéis en donde está el Maestro de Escuela, amigo mío?

— En la sala baja con la Lechuza. ¿ Queréis llamar la guardia, señor Rodolfo?

— No.

— ¿ Tenéis ánimo de soltarlos?... ¡ Ah, señor Rodolfo! no os andéis con generosidades... Os digo y os repito que es un perro rabioso... andad con cuidado...

— ¡ No morderá más á nadie... pierde cuidado!

— ¿ Queréis encerrarlo en alguna parte?

— No... dentro de media hora saldrá de aquí.

— ¿ El Maestro de Escuela?

— Si.

— ¿Sin gendarmes?

— Sí.

— Saldrá de aquí... libre?

— Saldrá libre.

— ¿Y solo?

— Solo.

— ¿Pero irá...?

— A dónde quiera... — dijo Rodolfo interrumpiendo al Churiador con una sonrisa siniestra.

El negro volvió á entrar en el aposento.

— ¿Cómo está Murph, David?

— Durmiendo, monseñor — dijo con tristeza el médico. — La respiración está algo oprimida.

— Sigue de peligro, ¿es verdad?

— Su estado es bastante grave, monseñor... Pero debemos esperar...

— ¡Ah Murph!... ¡querido Murph!... ¡venganza!... ¡venganza!... — gritó Rodolfo con un furor concentrado. Y luego añadió: — David... una palabra...

Y habló en voz baja al oído del negro.

Éste se estremeció.

— ¿Tembláis? — le dijo Rodolfo. — Tiempo ha que sabéis mi intención... El momento de realizarla es éste...

— No tiemblo, monseñor... Esa idea encierra una completa reforma penal digna del estudio de los mejores casuistas de derecho criminal, porque esa pena sería... terrible... eficaz... y produciría las más veces el arrepentimiento... En este caso es aplicable. Sin enumerar los crímenes que han echado á presidio perpetuo á ese bandido... ha cometido tres asesinatos... el boyero... Murph... y vos... Es de justicia.

— Y aun después le quedará un campo... un horizonte sin límites para la expiación... — añadió Rodolfo. Después de un momento de silencio continuó:

— ¿Le bastarán cinco mil francos, David?

— Sí, monseñor.

— Querido mío — dijo Rodolfo al Churiador que estaba asombrado — tengo que hablar á solas con el señor. En el cuarto inmediato, sobre el escritorio, hallarás una cartera encarnada; saca de ella cinco billetes de á mil francos y tráemelos...

— ¿Para quién son esos cinco mil francos? — dijo involuntariamente el Churiador.

— Para el Maestro de Escuela... y al mismo tiempo dirás que le traiga n aquí.

XIX

EL CASTIGO

La escena pasó en un salón iluminado y cubierto con tapices rojos.

Rodolfo, vestido con una gran bata de terciopelo negro que aumentaba la palidez de su rostro, estaba sentado á una espaciosa mesa cubierta con un tapete verde, sobre la cual se veía la cartera del Maestro de Escuela, la cadena de similor de la Lechuza con el agnusdei de lapislázuli, el puñal ensangrentado aún que había herido á Murph, la ganzúa con que se había forzado la puerta y los cinco billetes de á mil francos que el Churiador había ido á buscar al cuarto inmediato.

El doctor negro estaba sentado á un lado de la mesa y el Churiador al otro. El Maestro de Escuela, agarrotado de manera que no podía hacer ningún movimiento, estaba en un gran sillón de ruedas en medio de la sala: las personas que habían conducido á este hombre se habían retirado, quedando solos Rodolfo, el médico y el Churiador.

Rodolfo no estaba irritado, y en su semblante se veían la calma, la tristeza y el recogimiento, propios de la misión solemne que iba á desempeñar.

El doctor estaba pensativo.

El Churiador sentía un temor vago, y no separaba un momento la vista de Rodolfo.

El Maestro de Escuela estaba descolorido, livido... lleno de terror.

Fuera de la sala reinaba un profundo silencio y sólo se oía el ruido triste y continuo de la lluvia.

Rodolfo se dirigió al Maestro de Escuela y dijo:

— Desertor del presidio de Rochefort, á donde fuisteis condenado por toda la vida... por falsario, ladrón y asesino... vos sois Anselmo Duresnel.

— ¡Eso no es verdad! — dijo el Maestro de Escuela con voz alterada y echando alrededor de sí una mirada feroz é inquieta.

— Sois Anselmo Duresnel... vos habéis robado y asesinado á un ganadero en el camino de Poissy.

— ¡Es falso!

— Más tarde lo confesaréis.

El bandido miró á Rodolfo con terror y sorpresa.

— Esta noche habéis venido aquí para robar, y habéis herido con un puñal al dueño de esta casa...

— Vos sois quien me ha propuesto ese robo, — dijo el Maestro de Escuela